



UNIVERSIDAD DE TEJAS

La Universidad de Tejas, donde Charles Whitman mató a trece personas, disparando desde la torre, hasta que fue muerto por la policía. Las siluetas señalan el lugar donde hubo víctimas, y los números, la cantidad de ellas. Whitman asesinó también a su madre y a su esposa. Además hubo heridos no señalados aquí.

Setecientas cincuenta mil personas murieron asesinadas en USA con armas de fuego en lo que va de siglo: más que norteamericanos muertos en todas las guerras. Sólo la policía —foto de la derecha— interviene cada año en unas 8.600 muertes violentas.



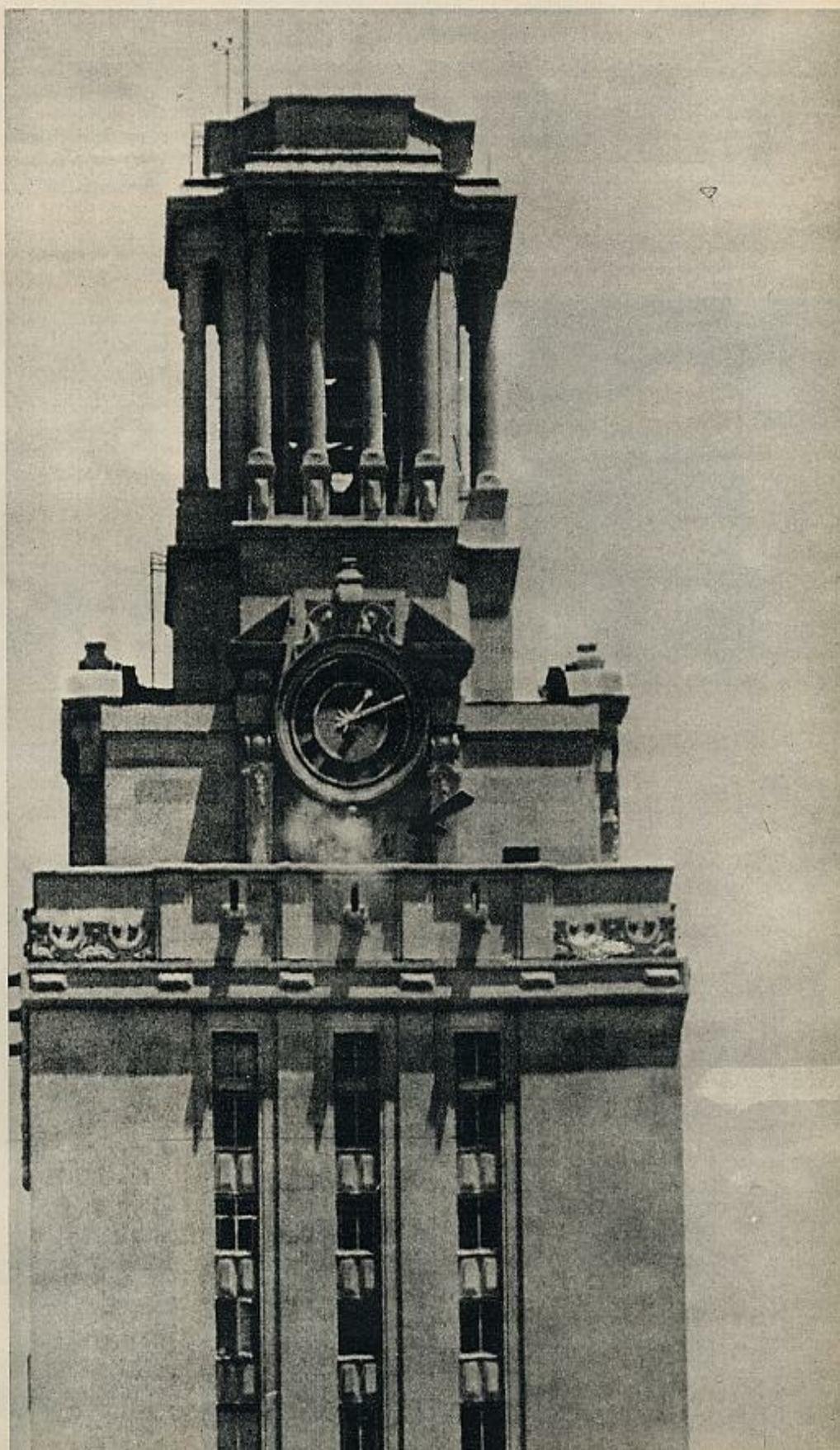
UNA OLA DE VIOLENCIA

Por **JUAN ALDEBARAN**

ESTAMOS creando un monstruo de Frankenstein que podrá destruirnos a todos», ha dicho el senador Yarborough comentando el nuevo «crimen del siglo», el de Charles Whitman que en la ciudad de Austin mató quince personas pocos días después de que, en Chicago, el llamado Speck asesinasen ocho enfermeras. Este monstruo al que ha aludido el senador de Tejas es el de la violencia. «Todas las noches, los programas de televisión evocan el homicidio. El crimen penetra en cada hogar, donde es observado como una distracción. Cada día los periódicos anuncian en sus títulos cuántos hombres han sido matados en el Vietnam». El presidente del subcomité de delincuencia juvenil del Senado dice: «Los sucesos de Austin son un ejemplo terrible de las cosas que han estado ocurriendo desde hace muchos años en este país. Los rifles han sido utilizados para asesinar y herir a millares de personas». En efecto, en lo que va de siglo, 750.000 personas han sido asesinadas sólo con armas de fuego en el territorio de los Estados Unidos. El número total de muertos de los Estados Unidos en todas las guerras en que ha participado en su historia —desde la revolucionaria de 1775 hasta la de Corea en 1950, pasando por las dos guerras mundiales, la de Secesión, la de 1812, las incursiones contra Méjico y los 385 muertos de la guerra contra España en 1898— se elevan a 527.815 (estadísticas publicadas por el Departamento de Defensa). Los Estados Unidos han perdido muchos más ciudadanos asesinados por otros que en todas las guerras que les han llevado sucesivamente al control del mundo occidental. El número de muertes violentas en que interviene la Policía se eleva a unas 8.600 anuales (fuentes, estadísticas del F. B. I.). Unas cuarenta mil personas son detenidas cada año en las ciudades de más de 2.500 habitantes —esto es, en la mitad de los Estados Unidos— por uso ilegal de armas. Al citar estas cifras no nos olvidemos de que estamos hablando de un país de casi doscientos millones de habitantes, de un país que reúne dentro de sus fronteras casi la quinceava parte de la población de la humanidad. No nos olvidemos tampoco, al emplear con demasiada facilidad, con demasiada intención sensacionalista, el tópico de «crimen del siglo», que este siglo ha conocido criminales de mayor envergadura, que no eran precisamente hijos malditos de los Estados Unidos: Landrú, Petiot, Christie... Landrú fue ejecutado en 1922 por el asesinato de por lo menos once mujeres: era francés, como Petiot, guillotinado en 1946 por el asesinato de **SIGUE**



La alta torre de la Universidad de Austin, reducto de Whitman, tirador de primera en el ejército, como lo fue Oswald con los «marines». También Speck fue «marine». Desde el «colt 45» al Vietnam, la violencia ha ido unida a la vida americana.



UNA OLA DE VIOLENCIA

veinticuatro personas en su casa de la calle Le-sueur. Christie, inglés, asesinó en la cocina de su casa a por lo menos seis mujeres, una de ellas su esposa. La lista de crímenes del inglés Neville Heath —ejecutado en 1946— no ha podido ser claramente establecida. Su compatriota John George Haigh, ejecutado en 1949, había matado por lo menos a nueve personas, cuyos cadáveres disolvía después en ácido sulfúrico. La amarga lista es larga. El siglo ha tenido muchos crímenes en Europa.

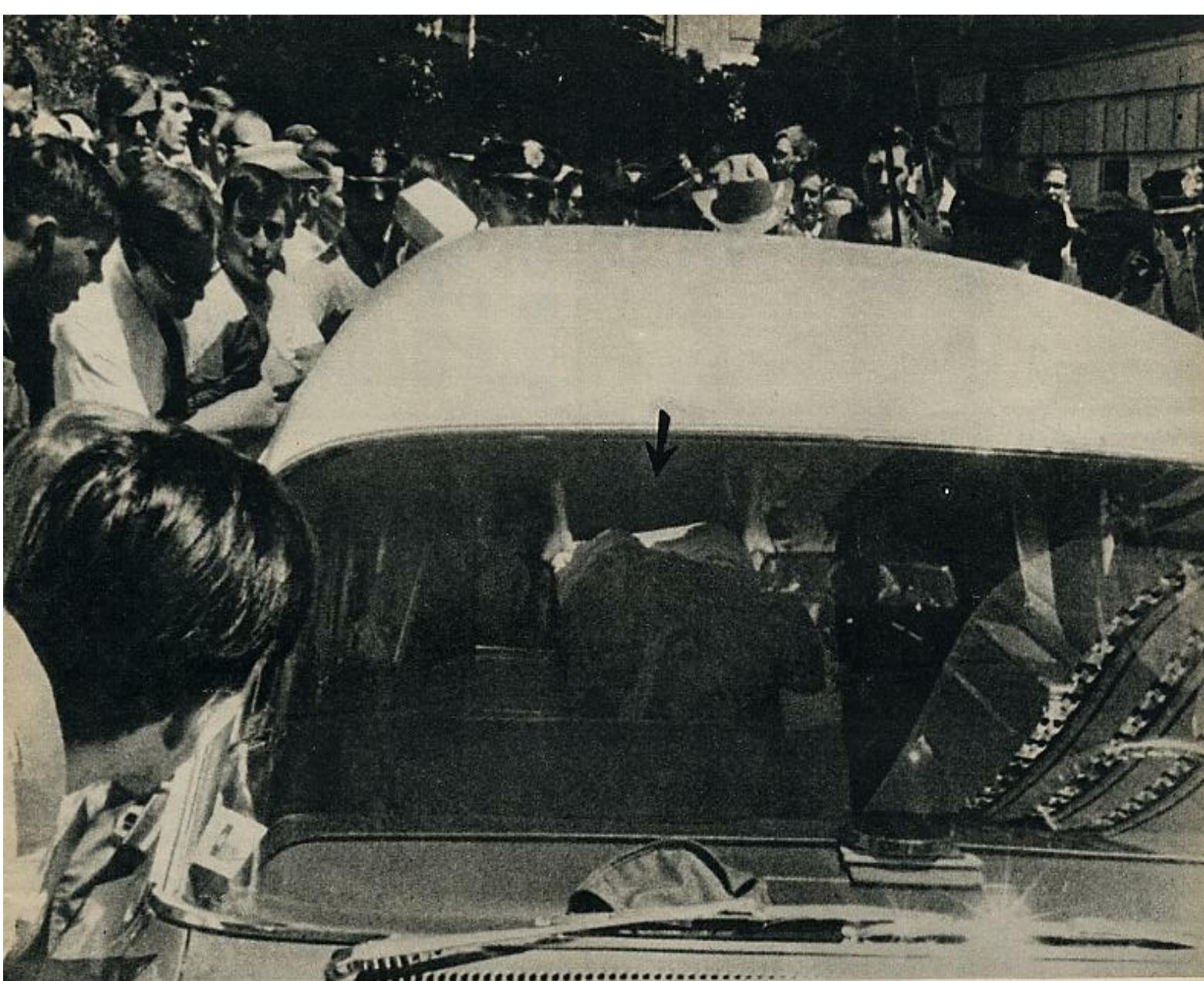
En cuanto a la lista americana, no es preciso hacer mucha memoria. Nos la refrescan todas las semanas, en la pantalla de la televisión, los «intouchables» —que debían haber sido traducidos por «los insobornables» y no por «los intocables», término que no significa lo mismo, ni mucho

menos, en castellano— abriéndonos una breve ventana a lo que fue la era de la prohibición, que legó al mundo para siempre la palabra «gangsters». Pero se trata aquí de hacer una diferenciación. Estos sordidos crímenes europeos evocados tienen un fondo morboso y lento. Venenos, estrangulaciones, ácidos, cuerpos emparedados: la caldera de Petiot lanzando al aire del elegante distrito 16 un humo acre y maloliente... El asesinato a la americana comporta en sí la violencia. El arma de fuego, el espacio abierto. El rifle, que denuncia con calor el presidente del subcomité de delincuencia del Senado. El rifle que compró simplemente por correo el antiguo fusilero marino Oswald para matar a Kennedy —si atendemos los resultados de la comi-

sión Warren—, el rifle con que el tirador de primera clase del Ejército Whitman disparaba desde la torre de la Universidad de Austin. Speck, el antiguo «marine» que asesinó a las enfermeras, no necesitó rifle... Los tres habían pasado por una escuela de violencia. En Europa, la posguerra trajo también unos delincuentes peculiares: los que habían sido educados para los «commandos», los que habían participado en la resistencia, en el «maquis». Uno de los dramas de la guerra de nuestra época es que en cierta forma se ha convertido para algunos de los combatientes en una guerra individual, en una experiencia personal de la lucha solitaria, en la noche, de hombre a hombre. La guerra de trincheras, incluso los asaltos a la bayoneta, da-

Whitman se casó en la iglesia católica de Needville, Tejas. Cuatro años después mataría a su esposa y a su madre, antes de irse a la torre provisto del arsenal que vemos en la fotografía. Después de esto el presidente ha hecho un llamamiento para regular la venta de armas. La prensa más sana del país ha recogido esta llamada.





El cuerpo de Whitman en la ambulancia: un drama individual de violencia ha terminado, pero las incitaciones a ella siguen cada día en la televisión, el cine y la prensa.

ñaban menos la moral individual de los combatientes que esta sórdida guerra de guerrillas. Francia apenas se ha repuesto del carácter turbio y personal de la guerra de Argelia.

El temor que tienen ahora los sociólogos americanos es que la vida de su país esté basada en la violencia; en un tejido de sexo, violencia y «suspense» como Norman Mailer supone que está tejido el «sueño americano» («An American dream», por Norman Mailer, autor de «Los desnudos y los muertos»). Se busca en estos crímenes la infancia de la nación, como en cada criminal se busca su infancia para saber por qué mató. «Si el modo de vida tiene algún efecto sobre el comportamiento —escribe René Rémond en su historia de los Estados Unidos publicada en las Prensas Universitarias de Francia— pocas situaciones se prestaban mejor (que el establecimiento de fronteras en los territorios indios del Oeste americano) para el nacimiento de un nuevo tipo de hombre: duro para el trabajo, rápido para la querrela, incapaz de astucia, taciturno con bruscas salidas, realista y, sin embargo, accesible a grandes impulsos de idealismo religioso o político...». Para «Edward Goodman» en su interesante libro «La epopeya del Oeste» (Editorial Tesoro, Madrid 1963), «ahora, cuando la epopeya del West lleva cincuenta años incorporada a la historia, la mentalidad yanqui continúa do-

minada por sentimientos y reacciones que, plenamente justificados en los avatares de su gran peregrinaje hacia el Oeste, carecen ya de toda base firme. Como ejemplos típicos podemos señalar el feroz individualismo popular; la resistencia instintiva a toda ingerencia federal en los problemas locales; un optimismo sin límites y una fe ciega en las fuerzas de cada uno, libremente desarrolladas; la desconfianza hacia Europa, base y sostén de una fuerte inclinación aislacionista; el papel preponderante de la mujer y la juventud en el seno de la sociedad; el amor a la lucha y a la aventura...».

Probablemente esta civilización, creada duramente a punta de «Colt del 45» y de Winchester de repetición en las praderas de los indios, no ha podido desprenderse de toda la carga de violencia y de individualidad sobre la que está fundada; fundada por unos inmigrantes que en gran parte salían de Europa huyendo de la miseria, pero en una buena parte también tenían tras de sí una historia de violencia. Puede uno preguntarse lícitamente qué gran nación no está fundada sobre una historia de violencia. El problema de los Estados Unidos es que esta violencia está demasiado próxima en el tiempo —empezó hace menos de dos siglos— y que, por una de esas raras afirmaciones de los pueblos hacia sus orígenes, sean cuales sean, la ha convertido

en un mito, en una casi religión. No tienen otro origen las mil y mil películas «del Oeste» y sus herederas, las películas de «gangsters»; y cuando se iba llegando a un desgaste de estos géneros —por simple cansancio— la televisión americana recupera los viejos films, produce «remakes», lanza series nuevas. A ello, y a la guerra del Vietnam, alude Yarrowborough cuando dice que «estamos creando un nuevo monstruo de Frankenstein».

Por una razón o por otra, la violencia ha renacido en estos días en los Estados Unidos. La violencia negra, que busca ahora «el poder negro», y la violencia antinegra; la violencia portorriqueña, que ha tenido estos días nuevos estallidos; la violencia de la guerra en el Vietnam, a la que no se le ve el fondo... La coincidencia en el tiempo de estos dos últimos crímenes de Chicago —la ciudad de los «gangsters»— y de Tejas —el estado magnífico— puede no tener significación mayor. Pero supone un grito de alarma. Varias voces en el Senado, en el Gobierno —Johnson ha hecho un nuevo llamamiento para la regulación de la venta de armas—, en la prensa más sana del país, han recogido esta llamada de alarma contra lo ola de violencia.

J. A.

Fotos © «EL TIEMPO», New York
Exclusiva MOVINC para TRIUNFO